

Posmasividad, posmedialidad e intersubjetividad

*Notas para una discusión en torno a la
“democracia” comunicativa*

Vivian Romeu

Resumen

La euforia que ha provocado la aparición de los llamados “nuevos medios” ha permitido a no pocos estudiosos de la comunicación hablar del fenómeno posmedial como parte sustancial de los procesos de democratización de la información y el conocimiento que impactan en el acceso a la producción de contenidos mediáticos, e incluso que impactan en las prácticas políticas contemporáneas a la manera de manifestaciones de resistencia cultural. Desde esta perspectiva, los nuevos medios contribuirían eventualmente a la construcción de una sociedad más justa y equitativa en lo que al acceso de información se refiere. Esto, no obstante, debería necesariamente entenderse desde los ámbitos de las relaciones comunicativas tanto a nivel social como interpersonal. Es una arista que normalmente se olvida cuando se habla de los nuevos medios y ésta es la discusión que pretendemos dar mediante este texto.

Palabras clave: Posmasividad, Posmedialidad, Intersubjetividad, Democracia

Abstract – Posmasivity, Posmediality and Intersubjectivity. Notes for a Discussion of the Communicative “Democracy

The euphoria that has led to the emergence of so-called “new media” has enabled many scholars talk communication postmedian phenomenon as a substantial part of the democratization of information and knowledge that impact access to production media content, and even impacting the way contemporary manifestations of cultural resistance of political practices. From this perspective, new media will eventually contribute to building a more just and equitable in terms of access to information concerns society. This, however, should necessarily be understood from the fields of communication relationships both socially and interpersonally. It is an edge that is usually forgotten when we talk about new media and this is the discussion we want to give through this text.

Key Words: Postmasivity, Posmedian Phenomenon, Intersubjectivity, Democracy

Vivian Romeu. Mexicana (por naturalización). Doctora por la Universidad de la Habana. Integrante del Sistema Nacional de Investigadores, nivel II. Áreas de interés: arte, estética y comunicación, comunicación interpersonal, interculturalidad, semiótica y análisis del discurso; vromeu.romeu@gmail.com

La posmasividad crea en la mente, en tanto término nuevo y de moda, la idea de la superación de lo masivo que, traducido a niveles pedestres, sugiere la obsolescencia del concepto de masividad. Sin embargo, dado la novedad del término, y dado también la sustitución de lo masivo en los estudios de recepción por el concepto moderno de audiencia, hablar de posmasividad hoy sugiere otros caminos y otras aristas. Uno de estos caminos puede llevarnos a plantear la posmasividad como lugar cercano a lo intersubjetivo; el otro, como ámbito asociado a la emergencia de lo digital.

Este último no será objeto de reflexión en este trabajo pues nuestro objetivo es justamente centrarnos en la relación posmasividad-intersubjetividad con el fin de colocar el debate de lo posmasivo –y en consecuencia de lo posmedial–, fuera de los ámbitos de la comunicación intersubjetiva para su mejor comprensión como nuevo escenario cultural que a pesar del halo democratizador que le acompaña no arraiga aún como cambio en el desarrollo de las relaciones interhumanas. Además, debido a que puede llegar a trastocarse el sentido de la democratización en la era posmasiva-posmedial con el sentido democratizador de las relaciones humanas en la esfera so-

cial, es que creemos necesario pensar en este escenario el despliegue de la comunicación intersubjetiva.

Podemos situar los antecedentes del paradigma de lo posmasivo a grandes rasgos en el legado de los Estudios Culturales y la llamada escuela latinoamericana, concretamente en el paradigma de la recepción activa y la teoría de las mediaciones, respectivamente. Este legado, en el natural seguimiento de una tradición que pudiéramos llamar en estos momentos ya clásica y líder en los estudios de comunicación que son los estudios de recepción, resulta una buena instancia de acogida para el paradigma de lo posmasivo; incluso diríamos tentadora y peligrosa.

Si bien es loable que la reconducción del papel del sujeto en la cultura derivada de las aportaciones de los estudios culturales ingleses y latinoamericanos posibilitó y propició la re-conceptualización del proceso de recepción en función de una historia de las formaciones sociales y no como un momento en la actividad receptora de un sujeto, también es cierto que bajo esta égida se corre el riesgo de comprender todo proceso de recepción en función de condicionamientos socioculturales que soslayan de suyo otro tipo de condicionamientos más cercanos a la experiencia vital de los individuos como aquellas enfocadas a sus prácticas o modos de comprensión, sus experiencias simpatéticas y directas, tal y como sucede en la comunicación intersubjetiva.

En este sentido, el riesgo que nos parece entrever en la posibilidad de hacer equivalentes los procesos de democratización de la producción y la distribución de información como prácticas propias de la cultura posmedial y los procesos de democratización de las relaciones humanas que normalmente tienen lugar en el espacio del diálogo intersubjetivo, resulta para nosotros materia de reflexión al interior de un ámbito conceptual un poco mayor, como lo es la reflexión de lo intersubjetivo a partir del análisis de la relación entre lo posmasivo y lo posmedial.

Sobre lo posmasivo

y lo posmedial

La emergencia de los llamados nuevos medios y el desplazamiento doméstico de su uso ha generado la idea de que se ha sustituido la era de la recepción participativa de las audiencias en la construcción de sentidos, por la era en la que la participación real de los sujetos en la producción y distribución mediática es prácticamente indetenible.

La aparición de los medios tecnológicos no sólo ha democratizado la producción de contenidos mediáticos, sino su acceso mismo, ya que el control de la producción y la distribución de contenidos transita de manos de los grandes consorcios y corporaciones informativas a manos prácticamente de cualquier ciudadano común. Ello plantea la necesidad de re-pensar de nueva cuenta a los nuevos productores de contenido, amén de los receptores.

Teniendo en cuenta lo anterior, en nuestra opinión, tanto la posmasividad como la posmedialidad deben entenderse como condiciones de un fenómeno social que atañe a la democratización, diversificación y apertura de los escenarios de producción y distribución de contenidos, aunque dicha democratización no prefigure una transformación en la manera de entender y de abordar los procesos de recepción en tanto en la cultura posmedial ésta sigue siendo mediada y condicionada por los aspectos que definen y distinguen a una comunidad interpretativa.

Sin embargo, si bien es de esperar que estos procesos de producción y recepción se vean “afectados” por estos nuevos escenarios de producción y distribución de contenidos debido al libre y casi irrestricto acceso a la información por parte de la comunidad receptora, creemos que la desregulación que ello implica debe estudiarse separada de los efectos que genera en el desarrollo de los procesos mismos de comunicación entre individuos y grupos sociales.

Esta conclusión se deriva, a nuestro juicio, de que la mezcla de factores generadores y efectos generados de la condición posmedial de la cultura contemporánea provocaría un nublamiento conceptual en torno al concepto de posmasividad como ámbito de democratización de las interacciones sociales. José Luis Brea se refiere a la postmedialidad como un panorama en el que se “supera” los viejos medios y se abre la producción a un sinfín de canales mediáticos y opciones de distribución mediales proliferando continuamente en el espacio tecnológico (Brea, 2000) que posibilita la expansión de las formas (y contenidos, añadiríamos) bajo patrones de organización desjerarquizados, descentralizados y, sobre todo, desregulados de la pretendida homogeneización o unificación de la audiencia “masiva”.

A pesar de ello, enfatiza el filósofo español, la posmedialidad no anuncia una panacea redentora de la comunicación, ni la solución a los problemas actuales. De hecho, la define como condición contemporánea que afecta ante todo a los modos de producción, distribución de la información más que a los de recepción y el conocimiento (Brea, 2000). Y es que en la

llamada cultura posmedial se apunta a una transformación paulatina del uso productivo de los medios que evidentemente implicará una reacción consecuente en las formas de interpretación y conocimiento de la realidad, incluyendo la realidad mediática misma.

Como un “más allá de los medios”, la posmedialidad se erige como aquella condición que ha dejado atrás la forma tradicional de concebir la relación sujeto-medio para afirmar cierta “utilización” de los sujetos respecto al medio, en una relación de intermediación, que si bien permite acercar a la gente entre sí, acceder al *phatos* colectivo, la experiencia común (generalmente instantánea y rica en los matices irrecuperables del presente) no debemos olvidar que se halla igualmente mediada y obstaculiza por ello la relación directa, intersubjetiva, entre individuos y sujetos en el plano social.

Debido a la utilización que hacen los sujetos de los medios, la producción en la cultura posmedial desarrolla características propias que suelen sugerir la desjerarquización y desregulación de la que hablaba Brea. La producción en la era posmedial no requiere de capital ni de inversión ni de saber técnico especializado; de hecho los operadores participan en la producción como parte de sus actividades cotidianas o de tiempo libre y se insertan así en noticieros, programas televisivos, como parte de los contenidos transmitidos por los grandes medios. Para ilustrar esto viene a mano el programa noticioso *Primero Noticias*, de la cadena Televisa en México, que tiene una sección tipo “haga usted la noticia” donde es el propio televidente (receptor) quien produce noticia, interviniendo en la realidad mediática del presente sin mayores herramientas, por ejemplo, que una cámara de celular.

En ese sentido, podemos observar una diferencia sustancial respecto a la producción de información por la vía tradicional (ligada a la posesión de los grandes medios de producción) y la nueva producción posmedial, ya que en la actualidad este requisito de posesión se torna mínimo en tanto los medios para producir algún contenido informativo y distribuirlo no resultan costosos ni difíciles de operar. De hecho, los mecanismos de producción y distribución debido al carácter y uso doméstico de los medios resultan simples y sencillos, por lo que no se requiere tampoco de conocimientos técnicos de alta complejidad y especialización.

En la cultura posmedial, los dispositivos mecánicos y electrónicos han sido desplazados por dispositivos digitales que además de rápidos y eficaces son de fácil manejo y adquisición por parte de los operadores; el antes

receptor se vuelve productor y también potencial distribuidor independiente de la información. En ese sentido, podemos decir que la producción en la era posmedial se desprofesionaliza y sugiere tanto inmediatez e improvisación como libre circulación y ausencia de censura.

Como se puede observar, en la cultura posmedial la barrera entre productor, distribuidor y usuario-receptor queda sustituida por una serie de acciones que hace que un mismo sujeto sea productor, distribuidor y usuario de un mismo contenido en una misma línea espacio-temporal. Esta nueva categoría de sujeto productor-receptor cancela las acciones que bajo el esquema tradicional de los medios masivos de comunicación estaban claramente separadas y celosamente diferenciadas en función de la posesión de los medios de producción mismos. No se trata de producir significados tal y como indica la premisa de los estudios de recepción sino más bien de producir información para el consumo, diríamos incluso inmediato. Así, los “hacedores” de información son al mismo tiempo nodos de distribución altamente eficaces.

Por otra parte, como ya hemos comentado, en la cultura posmedial la recepción opera de una manera más libre, lo que no significa que deba ser entendida como potencialmente infinita. Al romperse o clausurarse las formas tradicionales de producción, sin dudas se fragmenta también el sentido de veracidad de los contenidos producidos y distribuidos, justamente debido a la desregulación de estos mecanismos y procesos. Esto implica, a nuestro juicio, tanto la diversificación de las opciones de recepción como la incredulidad con la que se percibe el desarrollo del proceso ya que si bien por una parte la posmedialidad asegura una gama más amplia de información a la que el receptor-lector puede acudir, lo cierto es que la diversidad casi infinita de opiniones y puntos de vista hará que se miren dichas opciones desde posiciones en la que se llegue a dudar de casi todo.

En resumen, podemos concluir que las relaciones entre posmasividad y posmedialidad no son relaciones circunstanciales, sino que una conduce a la otra y viceversa, aunque esta certeza no debe hacernos olvidar que ambas describen realidades distintas; la primera se enfoca básicamente a los procesos de recepción, mientras la segunda se ocupa enfáticamente de los procesos de producción y distribución de información. Por ello, los cambios gestados por la transformación paulatina de los modos tradicionales de producción medial a modos emergentes y cada vez más consolidados de producción posmedial no implican, como puede sugerir el concepto de posmasividad, un cambio en el paradigma de la recepción activa.

Esta segmentación de los efectos del cambio de lo medial a lo posmedial y de lo masivo a lo posmasivo no conduce, en nuestra opinión, a la transformación sustancial de los escenarios de mediación, entendiendo por éstos, a la manera en que el semiótico Lotman¹ lo plantea, espacios de traducción entre una semiósfera y otra, es decir, zonas de intercambio de sentido donde los significados sociales adquieren pertinencia por medio de procesos de modificación y ajustamiento que condicionan el resultado mismo de los sentidos resultantes.

Por otra parte, en la cultura posmedial el desplazamiento de lo masivo a lo posmasivo como síntoma de una práctica participativa, de uso y apropiación de la información, los modos de producción, los avances tecnológicos, no cierra la brecha entre comunicación pública y comunicación intersubjetiva ya que si bien consideramos por un lado, que este nuevo paradigma augura la democratización del acceso a las posiciones del poder productivo de la información, estamos convencidos, por el otro, que ello no basta para garantizar ni la democratización de la comunicación pública ni mucho menos la intersubjetivación de la misma.

Es esto justamente lo que nos lleva a reflexionar en torno a esta diferencia. La clave de nuestra argumentación será la distinción entre los conceptos de información compartida e información comprendida en tanto ello nos permitirá delimitar conceptualmente el tipo de comunicación que se gesta cuando se comparte y/o se comprende la información, lo que a su vez servirá de base para dar cuenta de uno de los objetivos periféricos de este artículo: comprender sobre qué eje epistémico se coloca la comunicación intersubjetiva al interior del paradigma de lo posmasivo.

Información compartida vs información comprendida,

una diferencia sutil

Fue Grimson (2007) quien enfatizó la oposición entre los conceptos de información compartida e información comprendida, entendiendo a la primera como aquella información cuyos referentes y/o referencias permitían el entendimiento en función de los significados, es decir, en función del lenguaje (léase códigos, dispositivos de significación, significados), lo que en términos semióticos implica contacto.

1. Yuri Lotman fue un semiólogo y lingüista ruso, perteneciente a la corriente de estudios históricos y culturales de lo que hoy se conoce como Escuela de Tartú, en Estonia. Es conocido por su Semiótica de la Cultura, y en particular por el concepto de semiósfera.

El contacto es el proceso en el que dos semiósferas se interconectan y ajustan su universo simbólico en función del entendimiento, es decir, de garantizar el intercambio no problemático de la información. Esto se realiza siempre y cuando exista un mínimo de información compartida, o sea, un mínimo de información que posibilite el contacto mismo. La información compartida puede entenderse entonces como información inteligible, lo que resulta altamente valioso para definir lo intersubjetivo (Schütz, 1993).

En cierto sentido podemos afirmar que lo inteligible se vincula con el código, las gramáticas, la referencia y la convencionalidad por lo que se puede colegir que el uso de convenciones asegura la compatibilidad de información en tanto compartir información requiere de intercambio y éste de los usos colectivos de los significantes y significados mediante referentes o nociones referenciales vinculadas a los dispositivos de significación y al contexto ambiental referido. La convencionalidad se halla así proporcionalmente relacionada con la información compartida que es, en términos estrictos, lo que asegura el entendimiento, pero no necesariamente la comprensión.

La distinción semántica y moral entre el acto de entendimiento y el acto de comprensión proviene de la filosofía ética, específicamente de la necesidad de distinguir el entendimiento racional del entendimiento sensible o simpatético. El entendimiento racional no está sometido a una axiomática de lo moral pues no juzga ni busca el bien con su obrar (salvo en el caso de la teoría de la acción comunicativa de Habermas y los postulados de Karl Otto Apel); el entendimiento sensible sí y esto es precisamente lo que conocemos por comprensión.

A diferencia del entendimiento, la comprensión no precisa de códigos ni referencias, sino de dialogicidad, es decir, de un ámbito de interés mutuo y directo entre el sujeto y su entorno, en el que –insistimos– se hallan también los otros sujetos. Para la existencia del diálogo es necesaria la presencia de elementos inteligibles ya que el diálogo resulta imposible sin un mínimo posible de contacto. La inteligibilidad tiene una contraparte no racional que ubica a lo inteligible como una especie de información de contacto en dos variantes: lo racional y lo sensible.

Como se puede notar, entendiendo lo inteligible en esa doble acepción racional y sensible, resulta claro que el entendimiento sólo puede ser la razón necesaria para la comprensión, pero nunca su razón suficiente. Schütz abogaba por la intersubjetividad como propiedad inteligible del conocimiento que en sus propios términos permitía compartir las nociones acerca

de lo que él llamaba “el mundo de la vida cotidiana” (Schütz, 1993), así el conocimiento de la realidad partía de una fuente primariamente experiencial. Pero para el fenomenólogo, la experiencia de lo inteligible jamás podría ser una experiencia individual, sino colectiva; de ahí el carácter intersubjetivo del conocimiento de la realidad cotidiana.

En nuestra opinión, la confusión que puede crear el hecho de llevar esta conceptualización cognitiva de lo intersubjetivo al plano de la comunicación intersubjetiva puede propiciar que se soslaye la diferencia entre comunicación pública y comunicación dialógica, que es lo que enfatiza la naturaleza de la comunicación intersubjetiva.

La comunicación pública, al basar su posibilidad de existencia en la información compartida, a diferencia de la comunicación dialógica o intersubjetiva que se soporta en la información comprendida, restringe su campo de acción a aquellas situaciones comunicativas en las que la información se comparte, pero no necesariamente se comprende. En ese sentido podemos decir que en la cultura posmedial, los fenómenos comunicativos pueden ser definidos por su particular condición pública y posmasiva, pero no concretamente intersubjetiva. Veamos.

En torno a la

comunicación intersubjetiva

El término comunicación intersubjetiva es utilizado por la psicología social en tanto interpretación afectiva del momento social (Bautista, 1991) y por la vertiente sociológica de la fenomenología, específicamente por aquella que se ocupa del papel del sentido común y la interpretación mundana en la conformación del sentido de la realidad social (Schütz, Berger, Luckmann).

Otro lugar de procedencia de la comunicación intersubjetiva es la filosofía, concretamente la fenomenología trascendentalista de Husserl más centrada en la ontología que en lo mundano, con la que la llamada sociología fenomenológica anteriormente mencionada, entra en relación en tanto parte de ella.

Tanto una como otras se refieren a lo intersubjetivo como algo social, sólo que la fenomenología trascendental lo hace en términos de diálogo, la sociología fenomenológica en términos de socialidad y la psicología social en términos de afectos. Sendas concepciones lejos de oponerse se hallan intrínsecamente relacionadas, pero al mismo tiempo delimitan

trazos diferenciales que las distinguen y de los cuales por falta de espacio y pertinencia temática no nos ocuparemos en este trabajo de una manera exhaustiva. En su lugar, nos interesa enfocarnos en sus semejanzas ya que es lo que constituye el soporte de la idea que aquí intentamos desarrollar, a saber, el carácter social, sensible e interaccional de lo intersubjetivo, así como su naturaleza inteligible.

Sin embargo, debemos advertir que si bien la comunicación pública, en tanto comunicación orientada hacia el otro, puede ser confundida con la comunicación intersubjetiva, esta equivalencia entre lo público y lo intersubjetivo que a primera vista puede parecer razonable, precisa de una reflexión más profunda de los matices de lo intersubjetivo.

Según Grimson, hacer algo público y ponerlo en común son dos términos diferentes. En el plano de la interculturalidad que es desde donde el teórico argentino se mueve, ambas acciones comunicativas sólo pueden ser equivalentes si se acepta la abstracción en los procesos interculturales, es decir, si se acepta que existen códigos comunicativos indiferenciados culturalmente, lo que más que algo imposible es un absurdo. En ese sentido, consideramos, de acuerdo con el autor, que la intersección de universos simbólicos distintos en la realidad social y cultural contemporánea limita necesariamente la comprensión de la idea de “puesta en común” como parte de la comunicación pública.

Lo anterior no significa que en la comunicación pública no pueda darse la puesta en común sino más bien que ella en el quehacer público comunicativo se implica sólo parcialmente. Como afirma el propio Grimson, “si lo público es constitutivamente heterogéneo, si la comunidad es diversa, sólo puede ponerse en común de manera contingente” (Grimson, 2007:12).

En la vertiente dialógica de la comunicación intersubjetiva, en cambio, el ponerse en común no significa compartir información, sino interactuar desde el sí mismo hacia el otro, como un proyectarse hacia el otro, teniéndolo en cuenta siempre. La comunicación dialógica es aquella comunicación que basa su existencia en el diálogo, conceptualizando éste como una instancia del darse al otro de manera directa.

Husserl decía que la acción no sólo es significativa para el individuo, sino que está orientada también hacia el otro (Husserl, citado en Aristizábal, 2009:339). Este germen de socialidad y dialogicidad propia de la acción humana no sólo implica la acción del sentido sino la existencia de la acción social misma a partir del reconocimiento del otro.

En una franca coincidencia con Levinas, Husserl plantea que el otro es siempre el primer hombre, nunca el yo, instalando la alteridad como eje de la ontología trascendental del ser, donde la relación del yo y el otro, que en Martin Buber resulta ser la relación entre el yo y el tú, determina no sólo la existencia del ser, sino también la existencia de lo social.

A nuestro juicio, esto coincide también con lo que plantea Schütz sobre la socialidad como forma superior de intersubjetividad (Rizo, 2007), en tanto característica del mundo social. Consideramos que no puede haber mundo social sin la acción social, es decir, sin socialidad. La socialidad es para Schütz, como afirma Rizo, el conjunto de las relaciones interpersonales y de las actitudes de la gente que son pragmáticamente reproducidas o modificadas en la vida cotidiana sin las cuales no puede haber realidad social, y en consecuencia tampoco mundo de la vida (*Ibidem*).

Es justo aquí donde creemos que los conceptos de interacción, socialidad e inteligibilidad se unen para formar lo intersubjetivo, tanto en su dimensión pública como en su dimensión dialógica ya que el mundo de la vida que en Husserl era lo que los sujetos percibían de la realidad, en Schütz se convierte en la región de la realidad donde los sujetos participan e intervienen modificándolo a la par que los otros sujetos. Pero Schütz dice más porque plantea que en el mundo de la vida cotidiana los sujetos pueden ser comprendidos unos y otros, lo que evidentemente significa que lo inteligible es lo que se comparte, lo que pone en relación a un sujeto y otro por medio de un significado en común.

Para Husserl, en cambio, lo inteligible es la empatía y la experiencia derivada de esta acción es la experiencia empática donde el otro percibe, experimenta y conoce el mundo del mismo modo en que lo hace el yo, el nosotros. Esta duplicidad de la experiencia, conduce a entender la experiencia empática husserliana como una experiencia dialógica dada a través de la aprehensión intuitiva de las vivencias del otro. Así, intuir las vivencias del otro no es ser inteligible en términos de lenguaje, como podría entreeverse en el legado dialógico de Ricoeur por ejemplo, sino en términos de intuición, de “captación” como dijera Tomás de Aquino.

La intuición hace al individuo aguzar lo emotivo para captar la vivencia del otro y percibirla como propia. Sólo así el otro se revela como persona porque sólo así el yo se da al otro sin mediaciones. A propósito de ello, muchos filósofos del diálogo refieren la cancelación del lenguaje en la esfera del diálogo como condición *sine qua non* pues con ello aseguran la ausencia de mediaciones en la comunicación intersubjetiva. Las mediaciones para

estos teóricos impiden, o en el mejor de los casos obstaculizan la forma directa de interacción porque entienden la interacción dialógica como una expresión consciente y volitiva donde el yo se orienta hacia el otro para hacerlo participar de forma conjunta de un espacio de comunicación donde la socialidad hace que se constituyan mutuamente los sentidos propios.

En ese sentido, en la comunicación intersubjetiva se hace enfático el hecho de que el lenguaje puede quedar fuera de la socialidad, lo que significa además, a nuestro entender, que la interacción dialógica es esencialmente comunicativa porque lo comunicativo es esencialmente dialógico. Como bien plantea Julia Iribarne “el acto social es un acto comunicativo mediante el que un sujeto quiere ser atendido por el otro y reclama al otro su respuesta” (Iribarne, citada en Aristazábal, 2009:348). Así, el sentido público de lo intersubjetivo no puede desligarse de su sentido dialógico, es decir, de la voluntad de la acción directa e intuitiva en la que la comunicación como acción social observa (tiene en cuenta) la intención de otro, es decir, lo escucha en una especie de mutuo entrelazamiento.

El concepto de entrelazamiento proviene de Husserl y expresa la relación del ser el uno en el otro, que se da en términos de este filósofo como una especie de comunidad del amor. El amor, según Gabriel Zanotti, es el acto en el que se dona libremente el ser al otro, unificándose a través del bien común implicado en su mutuo querer el bien del otro (Zanotti, 1995:21).

Como se puede apreciar, para el filósofo argentino la vivencia del amor implica la evidencia de la realidad del otro ya que está convencido que no hay demostración de la existencia del otro más que por el acto de darse al otro que, estima, es un acto volitivo e intelectual. Esto es considerado así por Zanotti debido a que plantea que hay que conocer mínimamente a la otra persona para poder ofrecerle un verdadero bien. El amor se vincula así con lo moral y ello nos hace suponer que es imposible pensar y realizar la comunicación intersubjetiva fuera de los escenarios de la moralidad y la ética. En ese sentido, creemos, el amor no puede prescindir de una relación con la verdad como sentido común, instaurada en la interconexión de los mundos vitales de los sujetos.

Parafraseando a Zanotti, la intersección entre el propio mundo vital y el del otro permite una comprensión más profunda de la realidad construida de forma conjunta por los sujetos en la interacción vivencial que los reúne verdaderamente. La verdad a la que nos referimos no guarda relación alguna con la verdad trascendental, sino más bien se refiere a la sinceridad con que se da el acto de comprensión del otro que es lo que este autor argentino traduce como voluntad de empatía.

Así entendida, la voluntad de empatía puede ser conceptualizada en términos husserlianos como voluntad de inteligibilidad o, lo que es lo mismo, voluntad de comprensión del otro, que es a su vez lo que conduce a amar al otro y a entender al otro e interpretarlo con verdad (Zanotti, 1995:33), es decir, verdaderamente, sinceramente, sin dobleces ni mediaciones, o sea, de una manera directa.

A pesar de la insistencia en la ausencia de mediaciones en la relación de comprensión-amor hacia el otro en la comunicación intersubjetiva y en el convencimiento de que las mediaciones están presentes en nuestra manera de percibir al mundo, incluso si ello implicase la ausencia del lenguaje, el abordaje de las mismas no puede ser de ninguna manera superfluo y resultan cruciales en el estudio teórico y empírico de los procesos comunicativos en la cultura posmedial.

En nuestra opinión la presencia de las mediaciones es insoslayable, aunque consideramos que pueden ser efímeramente disueltas, o “suspendidas” (para usar un término de Casimir²) sin ser eliminadas del todo. Suspender las mediaciones significa, a nuestro modo de ver, anular la malla reticular que hace al sujeto ser quien es, es decir anular su individualidad, aunque sólo se trate de instantes ya que si bien no resulta imposible tampoco podemos decir que resulta frecuente y viable en la vida cotidiana.

La suspensión, como toda práctica que pretende dejar fuera del juego social al poder, requiere de esfuerzo, voluntad y deseo, amén de una buena dosis de conciencia y entrenamiento. Pero, a pesar de la dificultad que ello entraña, afirmanos, junto con Zanotti y Husserl, que sólo podría haber comunicación dialógica en ese escenario, mismo que no refiere en ningún caso a un escenario de abstracción y/o soslayamiento de las relaciones de poder, sino más bien a la incorporación mental del peso del poder como parte de nuestro hacer cotidiano con vistas a hacerlas consientes en nuestra actividad y desconstruirlas instantáneamente en nuestra relación con el otro.

Este camino de la socialidad dialógica, si se nos permite el término, conduce a entender la comunicación intersubjetiva como aquella comunicación que tiene lugar con el otro en una relación directa y mutua a través de la cual los sujetos e individuos se reconocen en su esencia de persona y se relacionan en función de un bien común que presupone la existencia de un soporte volitivo e intencional, que es en pocas palabras lo que podríamos llamar un soporte fundador de comunidad.

2. Fred Casimir es un investigador norteamericano especializado en la comunicación intercultural. Su Teoría de la Construcción de la Tercera Cultura ha tenido una gran repercusión en el ámbito de los estudios sobre interculturalidad y también de la comunicación.

Es en este panorama de lo comunitario de donde procede, justamente, lo común, lo “en comunión” y lo comunicativo, y donde la pregunta por la puesta en común de la comunicación debe ser respondida en el horizonte de lo posmasivo: ¿está implícita la intersubjetividad en la real superación de la inacción de los conglomerados masivos y en el despliegue de la actividad participativa de los sujetos colectivos en la producción de sentidos culturales propia de lo posmasivo-posmedial?

Para ir

cerrando

La información de la que se nutre lo comunicativo como forma de interconexión perceptiva del sujeto con el mundo no puede ser menos que datos con sentido, es decir, percepciones construidas a partir de la experiencia individual y colectiva de los sujetos en su actuar social, mediante las cuales los sujetos crean conocimiento sobre el mundo que le rodea y sobre ellos mismos.

Esta información cognitiva que le permite al sujeto ubicarse en el plano de la realidad social que él es capaz de percibir, se comparte necesariamente en lo social en tanto se hace inteligible, ya sea en términos racionales o sensibles. Lo cierto es que de una forma o de otra la información se comparte siempre porque su despliegue se da en lo social, mediante la acción colectiva. La inteligibilidad se impone así como condición para el contacto que posibilita la interacción comunicativa y como se puede notar, esta caracterización es propia de cualquier proceso de comunicación pública.

No estamos seguros de si en la cultura posmedial este carácter inteligible se active por igual en la comunicación pública. Quizá sí, aunque creemos que la producción y distribución de información vía estos medios emergentes y domésticos no logrará anclar después de todo en el *phatos*³ colectivo, si bien se reordenará la configuración de la producción mediática en términos más individualistas. En un final de cuentas, la ausencia de restricciones para la producción y la distribución de contenidos no tiene por qué implicar el empleo de elementos socioculturales e históricos de identificación colectiva.

3. El *phatos* es un concepto filosófico vinculado al afecto. Es empleado en la Retórica Clásica como modo de persuasión, ya que junto al *ethos* y al *logos* posibilita la modificación del comportamiento de los oyentes durante el acto comunicativo. El *phatos* se caracteriza por el empleo de sentimientos o emociones en el discurso con el objetivo de persuadir al interlocutor.

El intercambio intersubjetivo asegura tanto el entendimiento colectivo como la posibilidad de comunión y entrelazamiento de la experiencia vital propia con la experiencia vital de los otros para formar la experiencia vital colectiva que es lo que cohesiona y da forma identitaria a un grupo social, y es justamente este proceso el que no está claro se dé en los marcos de una cultura posmedial.

Como ya comentamos con anterioridad, la información compartida resulta base de la comprensión, pero no su razón suficiente; en la cultura posmedial, los cambios en los mecanismos de producción y distribución de la información tienen evidentemente, por efecto de rebote sistémico, alcances en los procesos de recepción, apropiación y lectura de dichos contenidos, pero la democratización que da pie a estos procesos no se vincula necesariamente, como hemos intentado demostrar en las páginas anteriores, con la democratización de las relaciones sociales e interhumanas.

La comunicación posmasiva, inserta en lo que ya puede llamarse “era posmedial”, opera de base con el lenguaje existente, por lo que se trata de procesos en los que, parafraseando a Verón,⁴ el reconocimiento del sentido social se impone como condición para la producción de contenidos y significados sociales. Puede tal vez augurarse aquí un riesgo mínimo en la cancelación de lo comunicativo y en consecuencia una potenciación de la interacción social aunque sólo sobre la base del reconocimiento de lo compartido.

La influencia que ello pueda tener en el devenir de la comunicación intersubjetiva no está aún clara del todo. Quizá la proliferación de apuestas de producción con información individualizada y distribuida por canales de acceso público permita a los sujetos la necesidad de abrirse a la escucha del otro. En nuestra opinión, esta inserción de lo intersubjetivo en lo público se daría, si es que sucede, en forma de disposición o entrenamiento de la disposición hacia el otro, permitiendo tal vez una democratización de las relaciones en tanto transformación en las actitudes y disposiciones hacia el otro.

Entrenarse en la escucha, es de alguna manera, un entrenamiento que apunta al respeto al decir del otro, lo que en términos comunicativos puede entenderse como un entrenamiento a tener en cuenta al otro, y en consecuencia un paso hacia adelante en la instalación de la “puesta en común”.

4. Eliseo Verón fue un sociólogo y semiólogo argentino centrado en el estudio de la comunicación social, específicamente en los procesos, manifestaciones y mecanismos ideológicos de legitimación del poder. Su obra es sumamente vasta y oscila entre la filosofía, el discurso y los medios.

Sin embargo, como ya hemos abordado, en tanto la puesta en común es algo más que garantía de entendimiento, su instalación procura siempre entrelazamiento, comunidad, interés y bienestar mutuo, y ello, como es fácil apreciar, no pasa por una cuestión del sentido social, sino como ya advertimos justamente por la “suspensión” de dicho sentido que implica, en términos de percepción (léase comunicativo) una forma distinta de interconexión con el otro en tanto precisa de abandonar lo inteligible racional para abrirse al misterio del otro, a lo inteligible sensible, a lo sin nombre.

A través de este acto que Buber⁵ llamara descubrimiento, el ser se adecua al otro sin anular su propia individualidad (Zanotti, 1995:19), lo que en términos comunicativos implica interactuar con el otro en condiciones de inteligibilidad que están más vinculadas a la empatía que al entendimiento. Es así que en los escenarios para la comprensión del otro se posibilita la puesta en común de realidades culturales diferentes. ¿Podrá esto darse en el escenario de la cultura posmedial? No lo sabemos con certeza aún, pero auguramos que de ser afirmativa la respuesta, las causas de tal desplazamiento no estarán relacionadas directamente con el aura democratizadora que se atribuye a los fenómenos posmasivos en dicha cultura.

5. Martin Buber fue un filósofo alemán que dedicó su vida al estudio casi antropológico de la historia. Es considerado uno de los grandes filósofos del diálogo y conocido por su filosofía del Yo-tú donde hace del diálogo y la relación signos existenciales del ser humano.

Bibliografía

y electrografía

- Aristazábal, P. J. (2009). “Intersubjetividad y comunicación”, en: *Acta fenomenológica latinoamericana*, Volumen 3 (IV Coloquio Latinoamericano de Fenomenología) Círculo Latinoamericano de Fenomenología. Lima, Pontificia Universidad del Perú y Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, pp. 335-355. Artículo disponible en línea. Recuperado el 5 de junio de 2015, de http://www.clafen.org/AFL/V3/335-355_Aristizabal.pdf.
- Bateson, G.; Ruesch, J. (1984). *Comunicación. La matriz social de la psiquiatría*. Barcelona:Paidós.
- Bateson, G. (1998). *Pasos hacia una ecología de la mente*. Buenos Aires:Ediciones Lohlé-Lumen.
- Bautista, A. (1991). “La comunicación intersubjetiva como proceso generador de cultura”, en: *Polis* 90. Anuario de Sociología. Departamento de Sociología UAM Iztapalapa, 319-333.
- Brea, J. L. (2000). “Transformaciones contemporáneas de la imagen-movimiento: postfotografía, postcinema, postmedia”, en: *Acción Paralela. Ensayo, Teoría y Crítica del Arte Contemporáneo*, No. 5, enero. Artículo disponible en línea. Recuperado el 12 de junio de 2015, de <http://www.accpa.org/numero5/imagen.htm>
- Grimson, A. (2007). “Resguardar nuestra incerteza acerca de la incertidumbre. Debates acerca de la interculturalidad y la comunicación”, en: *Diálogos* núm. 75, septiembre-diciembre. FELAFACS. Artículo disponible en línea. Recuperado el 13 de junio de 2015, de http://perio.unlp.edu.ar/catedras/system/files/grimson_incerteza_dialogos75.pdf
- Rizo, M. (2007). “Intersubjetividad, comunicación e interacción. Los aportes de Alfred Schütz a la Comunicología”. En revista *Razón y Palabra* no. 57, junio-julio. Artículo disponible en línea. Recuperado el 31 de mayo de 2015, de <http://www.razonypalabra.org.mx/anteriores/n57/mrizo.html>
- Schütz, A. y Luckmann, Th. (1977). *La estructura del mundo de la vida*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Schütz, A. (1993). *La construcción significativa del mundo social*. Barcelona: Paidós.
- Zanotti, G. J. (1995). *Intersubjetividad y comunicación. Un análisis fenomenológico de la amistad y el diálogo*. Libro disponible en línea. Recuperado el 4 de junio de 2010, de: <http://www.hayek.org.ar/new/images/fotos/Zanotti19.pdf>

Recibido: 8 de septiembre, 2015 Aprobado: 18 de enero, 2016